

**Linealidad, progreso, ciudadanía, y otras cuestiones.
Diálogo con José Luis Mora**

Raúl Alcalá Campos
FES-Acatlán, UNAM

Resumen

El artículo propone un diálogo con el filósofo español José Luis Mora, para lo cual se basa en su conferencia magistral “El estudio de las filosofías nacionales: del sujeto epistémico al sujeto plural. La construcción de una nueva concepción de ciudadanía”.

Palabras clave: ciudadanía – progreso – racionalidad - historia

Summary

The article proposes a dialogue with the Spanish philosopher José Luis Mora, for which it is based on his masterly conference “The study of national philosophies: from the epistemic subject to the plural subject. The construction of a new conception of citizenship”.

Keywords: citizenship - progress - rationality - history

A manera de introducción

Quiero iniciar mi participación con un comentario respecto a algo que muy pocas veces no me ha traído problemas, me refiero a mi comprensión sobre la noción de diálogo. En filosofía hay muchos defensores de esta noción, pero creo que son pocos los que realmente la practican, también creo que esto se debe a que tal noción implica una crítica, pero ésta debe ser constructiva. Desde hace mucho tiempo he sostenido que la mejor manera de apoyar a un colega, a un filósofo, es criticándolo, pero no con el afán de oposición sino de participación en un diálogo fructífero, dialogar, desde mi punto de vista, es pretender construir algo juntos, aunque defiendo la idea de que no lograr tal construcción no quiere decir que no haya habido diálogo, diálogo no quiere decir acuerdo obligado sino más bien escuchar al otro como tal, comprenderlo a través de su palabra bien para aceptarlo, bien para rechazarlo, de la misma manera que criticar a mis maestros lo considero un acto de reconocimiento, de continuación de su pensamiento. En mi caso pienso en Luis Villoro y León Olivé, y cuando digo maestros no es por haber tomado clase con ellos sino por la gran cantidad de enseñanza que me transmitieron con sus conferencias, escritos y actitudes ante la filosofía. Por el mismo camino va esta propuesta de diálogo con un querido amigo y respetado filósofo español, bastante preocupado por la filosofía iberoamericana, el Dr. José Luis Mora.

El contexto.

En un breve y reciente trabajo,¹ el profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, José Luis Mora, recuerda que por los años setenta del siglo pasado se había iniciado en España una reflexión sobre la interculturalidad, y que en los años noventa hizo una pregunta a la profesora de la Universidad de León, María Isabel Lafuente, dentro del Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana de Salamanca: ¿es posible construir un modelo de racionalidad que no deje a nadie fuera en un mundo mestizo donde existen realidades políticas que no sólo son plurinacionales sino pluriétnicas? Recibiendo una respuesta contundente: imposible. La anécdota es relevante y la respuesta más aún. Es, para el momento, la respuesta esperada.

Por lo menos en la segunda mitad del siglo pasado, los temas de los congresos de filosofía estaban bastante bien delimitados: analítica, marxismo y los otros (estos otros eran pocos, entre ellos el movimiento feminista, los estudios del género y ya avanzada la segunda mitad dio sus primeros pasos la hermenéutica, a la que se veía con suspicacia); el reino de la filosofía se dividía en dos espacios de lo mismo, el método, nadie lo negaba prácticamente desde Descartes, se necesitaba del método si se pretendía obtener conocimiento, la cuestión transitaba así entre el método científico y el método dialéctico (y en algunos contados casos el fenomenológico), y su mejor recurso era precisamente la Racionalidad (así, con mayúscula). La realidad, que era única y no plural, sólo aceptaba una y sólo una interpretación posible, y una vez que se tuviera ésta sustentada en el método y la razón, todas las demás resultaban falsas, sin derecho a réplica. No es pues de extrañar la contundente respuesta.

Una versión inimaginable del espacio y del tiempo permitió, a Albert Einstein, una nueva versión de la gravitación concebida como una curvatura del espacio-tiempo, contra todo pronóstico sustentado en el gran científico Isaac Newton; por los mismos años en el Instituto Bohr se estaba construyendo la mecánica cuántica, rompiendo con el determinismo. Dos grandes guerras, sobre todo la segunda, aceleraron la investigación científica y después de ellas la guerra fría continuó sus pasos. A fines de los años ochenta y principios de los noventa, la caída del muro de Berlín y de la Unión Soviética, y el inicio de lo inesperado, aquella lucha social que tenía como protagonista al proletariado, que en su radicalización pretendía acabar con el Estado o bien en su versión más tenue que estuviera sometido al proletariado y dejara así de ser un aliado del capitalismo, tuvo un resultado mucho más dramático de lo esperado, el Estado fue reducido a su mínima expresión no por el

¹ “El estudio de las filosofías nacionales: del sujeto epistémico al sujeto plural. La construcción de una nueva concepción de ciudadanía”, conferencia magistral dictada dentro del *19 Congreso Internacional de Filosofía*. Aguascalientes, México, noviembre 2018.

proletariado sino por el mercado y el capital, es decir, el neoliberalismo. En los años sesenta dos grandes publicaciones, con grandes afinidades, aunque provenientes de distintas tradiciones, y que tuvieron repercusiones años después, reiniciaron el ordenamiento de los saberes con un nuevo lenguaje, *Verdad y Método* de Georg Gadamer y *La Estructura de las Revoluciones Científicas* de Thomas Kuhn. Los movimientos gay y feminista, y posteriormente el movimiento indígena zapatista; todo ello, reduciendo exageradamente los últimos cien años de nuestra historia, entre otras cosas, contribuyó a los cambios que hemos sufrido desde fines del siglo pasado y el presente. Con esto en mente pasemos a dialogar con nuestro festejado.

El tema

La racionalidad y el método están asociados a dos grandes conceptos a los que se refiere el profesor Mora, linealidad y progreso, del tercero, ciudadanía, tendremos algo más amplio que decir. La linealidad es esa concepción que nos permite tener un punto de partida y visualizar un punto de llegada, lo que nos marca un camino a seguir, se puede ver con mayor claridad si pensamos en las etapas históricas por las que tiene que pasar una sociedad el esclavismo, los imperios, los latifundios, la burguesía, el proletariado, etc. y todo ello sustentado en la razón, son desde luego, razones racionales y no razonables, es decir, basadas exclusivamente en la lógica (lógica clásica o bien lógica dialéctica) haciendo, así, a un lado a la retórica, para utilizar expresiones de Luis Villoro. Es por ello que tal linealidad no permite que equivoquemos el camino, cualquier otro camino fuera de ella está vedado, está equivocado. Sin embargo, cuando volteamos la vista y vemos el camino recorrido no parece ser el esperado, el de la esperanza, dos grandes guerras, hambre en el mundo, contaminación, etc. Preguntas inmediatas: ¿habremos errado el camino? Si es así, ¿cuándo ocurrió este desvío?, ¿tendremos, como en el Renacimiento, que regresar a los griegos? Pero estas preguntas implican romper con la linealidad, ¿cuál es el problema?, la linealidad no cumplió sus promesas, rompámosla e intentemos tomar otro camino, o mejor, otros posibles caminos que se nos habían vedado. Entonces surge el temor: pero la linealidad nos garantiza el progreso, romper con ella es romper con este último, respuesta: nos hemos dado cuenta de que hay conceptos que hay que abandonar y otros que hay que renovar, tal vez el de progreso sea uno de estos últimos.

La linealidad percibe al progreso como ese fin a perseguir que nunca se alcanzará, pero que sirve como guía del camino. Popper sostenía que creía en la verdad absoluta,² aunque nadie la tenga en la

² Cfr. Karl Popper, "La ciencia normal y sus peligros" en I. Lakatos y A. Musgrave (eds.) *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Grijalbo, Barcelona 1975.

bolsa, es decir, existe, aunque sea inalcanzable por nosotros los humanos. Asimismo, puede concebirse como una inmersión de profundidad, es decir, una vez adquirido algún conocimiento podemos profundizar en aquello que lo constituye, tener un conocimiento sobre el átomo nos permite preguntarnos cuáles son sus componentes o qué reglas rigen su comportamiento. También se ha visto el progreso como la generación de riqueza, es precisamente el progreso económico del que tanto hablan los políticos y los economistas; así, el progreso humano se reduce al económico, si usted quiere a la tecnología que le permite cada vez más tener un acceso a la información de la manera más rápida posible, otra cosa es saber qué hacer con ella. Hay otras maneras de ver el progreso, la que no tiene como mirada principal el fin sino el inicio, es decir, aquella que sabe que está mejor que ayer, que tiene un proceso de mejora respecto a su ser anterior, es un progreso en el sentido darwiniano, no sabe exactamente hacia dónde va, pero sabe que cada día está mejor adaptado que el anterior. Hay otra noción de progreso que no rechaza el mundo material pero tampoco abandona el mundo espiritual, aquel que dice “soy mejor persona que hace unos días”, y esto no tiene nada que ver con la religión, ni con la economía, sino con la manera en que uno se concibe a sí mismo. El progreso humano no se reduce al progreso económico, este último sólo se manifiesta como poder político, no moral.

Pasemos ahora al concepto que más le preocupa al profesor José Luis Mora, y también a mí, la ciudadanía. El profesor Mora está interesado, y quién no, en mantener una ciudadanía que no sea excluyente, con cierto matiz de universalidad, pero sin verse obligado a perder la localidad. Una ciudadanía transnacional, es decir, que va más allá de su amarre nacional, que lo supera sin perder su arraigo de ciudadanía local, está dentro y fuera del Estado Nación, pero no rechaza su existencia como tal. Esto es importante, la ciudadanía local me ata al pasado comunitario, a “nuestra” historia, “nuestros” valores y tradiciones; la ciudadanía transnacional me abre hacia el futuro posible, a lo que hay por construir como humanidad, como ciudadanos globalizados, incluso se puede decir que esta ciudadanía es algo que hay que construir, como hizo la humanidad en la transición de la Edad Media a la Modernidad construyendo un nuevo humanismo para su momento, es decir, algo que nuestra historia actual globalizada nos está exigiendo. Si la primera está ligada íntimamente a la Nación, esta última nos liga como humanos, pasamos de una a la otra por medio de lo que Charles Taylor llama la dignidad humana, es ella el puente que une ambas ciudadanías.

El problema es precisamente construirlo. Creo que hay tres conceptos que tienen que ser centrales para lograrlo, diálogo, tolerancia y, el principal, actitud. Los tres están íntimamente ligados. El diálogo y la tolerancia están ligados por otro concepto que en muy raras ocasiones se menciona, en cierto sentido se puede afirmar que no se práctica en el

mundo occidental, hasta donde tengo conciencia, me refiero a la escucha. El mundo occidental privilegia la palabra más que a la escucha, hablar es más importante que escuchar; hablar es poder, escuchar es sumisión; hablar es enseñar, escuchar es aprender. Pero tanto el diálogo como la tolerancia requieren de la escucha. Creo, como se ha reconocido últimamente, que si se trata de conocer al otro la mejor manera de lograrlo es escuchando lo que nos tiene que decir, pero debemos romper con la idea de que escuchar al otro es escuchar al que forma parte de mi propia cultura, del cual puedo aprender muy poco, lo que en realidad vale la pena es escuchar la voz de otra cultura, aquella que me increpa, que me pone en una situación de riesgo respecto a mi formación, que me dice que hay otras posibilidades de ser y de comprender el mundo que nos rodea. Desde luego, habría que iniciar por reconocer la paridad entre culturas y el respeto que se merecen, lo que no quiere decir que todas sean aceptables. Ciertamente es un riesgo, pero no implica aceptar esa otra cultura sin más, es más bien un reto para la propia, me obliga a la búsqueda de otras argumentaciones para sustentar la mía o rectificarla. Claro, si no estoy seguro de mi cultura, el temor de su abandono me pone en un riesgo que no quiero correr, no importa si mi cultura es mejor o peor que la otra, lo que importa es si me siento cómodo o no con ella. Si me siento cómodo, lo mejor para mi es imponérsela a los otros pues eso me permitirá relacionarme mejor con ellos, o por lo menos esta parece ser la idea a lo largo de la historia.

Me viene a la mente un trabajo de Luis Villoro, “Estadios en el reconocimiento del otro”³, en este excelente ensayo analiza las relaciones de Fray Bartolomé de las Casas y Fray Bernardino de Sahagún con los indígenas, de quienes fueron sus grandes defensores, y sin embargo no pudieron superar sus propios límites. De las Casas, nos dice Villoro, reconoce al indio como su igual pero no reconoce su diferencia, Sahagún los escucha, comprende su diferencia, pero no puede concederle igual validez que a su propio mundo, es por eso que ambos pretenden asimilarlos a su propia cultura, no quieren correr el riesgo de perderla. Correr ese riesgo implica admitir la pluralidad de la razón y del sentido, necesarios para reconocer la igualdad y la diversidad de los sujetos, pero admitir esto es renunciar a toda idea de dominio.

El profesor Mora nos llama la atención sobre un reciente Proyecto de Intervención Comunitaria Intercultural (2018) cuyo primer volumen lleva por título *Convivencia y cohesión social*⁴, que al referirse a lo que

³ Luis Villoro, “Estadios en el reconocimiento del otro”, en Luis Villoro, *La significación del silencio y otros ensayos*, UAM, México 2008.

⁴ Giménez, C.; Álamo, J.M.; Pérez del Álamo, F., *Juntos por la convivencia*, 4 vols, Madrid, Instituto Universitario de Investigación sobre migraciones, etnicidad y desarrollo social, Universidad Autónoma de Madrid/Obra Social La Caixa, 2018

mencionan como “Convivencia intercultural” pone el énfasis en lo común más que en las diferencias. Y, nos dice nuestro autor, es así como esta convivencia intercultural se convierte en un proyecto ético y sociopolítico utópico pero que vale la pena seguir. Aunque no he tenido la oportunidad de revisar este proyecto sí quiero mencionar dos cosas. Una es trivial, la otra no. La trivial, la más grande de las utopías que conozco es la de la pretendida unidad cultural de mi país, México, desde la Independencia hasta nuestros días buena parte de las acciones políticas han estado enfocadas en ello, incluso llegó a tener un nombre: el problema indígena, del que los indígenas no estaban enterados, durante todo ese tiempo de lucha por la hegemonía lo único que se ha conseguido es el fracaso constante, su pretensión fue y es, asimilar al otro, que deje de ser lo que es para incorporarse a un mundo diferente, pero la persistencia existió y existe. Claro que el indígena quiere progresar, quiere darle alimento, salud, educación a su familia, no depender de las dádivas del gobierno, pero creo que para ello no es necesario abandonar su cultura, no tiene porqué dejar de ser quien es.

La otra no es trivial, tiene mucho que ver con la pregunta del profesor Mora con la que iniciamos este diálogo, es decir, con la cuestión del modelo de racionalidad. No tengo claro a qué nos podemos referir con las diferencias o lo que tenemos en común, pero creo que si hay algo que podemos tener en común es precisamente la necesidad de interactuar porque hay algo que nos afecta a ambos. Pero tal afectación puede no ser concebida de la misma manera y por ello las razones de una y otra parte pueden variar, pero no implica la imposibilidad de llegar a algún acuerdo. Ya el profesor Mora nos recordó que en México existen cerca de quince millones de indígenas, que han estado aquí desde mucho antes de la conquista, con sus valores, su historia y sus costumbres, que de una u otra manera han pasado a formar parte del ser del mexicano, y que prácticamente lo mismo ha ocurrido en Latinoamérica. Esto quiere decir que el mexicano tiene dos grandes raíces, que no están en igualdad de condiciones, aunque haya tales influencias, la indígena y la europea, dos culturas muy diferentes, con valores y creencias diferentes.⁵ Valga el siguiente ejemplo, que tiene como punto de inspiración una afirmación de mi querido amigo Ambrosio Velasco, los mexicas sacrificaban seres humanos para alimentar a sus dioses, se comían sus carnes y se tomaban su sangre; los católicos sacrificaron a su dios para alimentar a los humanos, en sus ritos aún hoy se siguen comiendo su carne y no se toman su sangre porque no se los permite el cura. Sacrificar a los humanos para mantener a sus dioses, sacrificar a sus dioses para mantener a los humanos, ¿quién es más bárbaro?

⁵ Creo que las diferencias que hay en el mundo europeo no es tan marcada en su historia como ha ocurrido en el mundo latinoamericano.

Desde luego, surge de inmediato la réplica: esto último es simbólico, quisiera decir que lo otro también lo es, pero no me quiero meter en una discusión sobre la concepción de lo simbólico, en otra parte he discutido algo al respecto tomando como eje la preservación de la vida en ambas culturas.⁶

Una de las cuestiones que me interesa rescatar para el tema que nos ocupa es el de la historia. Mucho se ha dicho que formar parte de una nación, ser un ciudadano de ella, es al mismo tiempo compartir una historia, precisamente compartir la historia de nuestra nación, yo tengo mis reservas al respecto. Si tomamos la historia como el registro de ciertos acontecimientos, acepto que se hayan compartido al formar parte de él, pero si damos un paso más y pensamos en la manera en que dicho acontecimiento se vive la cuestión ya no es tan clara. Además, la historia que se transmite de generación a generación, con independencia de la formación escolar, que se refiere a ese mundo vivido, varía entre los diferentes participantes y sus herederos, la narrativa al respecto puede variar dependiendo desde dónde se viva. Esto creo está bastante claro en la excelente y reconocida recopilación de Miguel León-Portilla⁷ *La visión de los vencidos*, la conquista de México narrada desde un diferente punto de vista, precisamente desde la visión de los vencidos. México está escindido por dos narraciones de su historia, la de los vencedores y la de los vencidos, y ha pretendido nutrirse de ambas.

Desde hace mucho tiempo defiendo la idea de que la razón es plural, que podemos llegar a los mismos resultados sin compartir ni las razones ni algo en común. Me explico. Podemos compartir algo que nos afecta y no concebirlo de la misma manera. Doy dos ejemplos, primero, el caso del aborto. Podemos estar en contra de él desde el punto de vista de la ciencia o de la religión, la ciencia puede dar razones científicas, porque daña el cuerpo del feto y de la mujer, porque a ésta le puede dañar no sólo su cuerpo sino también su psique; la religión por su parte puede sostener que es un atentado a los designios de Dios, un atentado a la vida que el Señor nos ha otorgado; las razones son diferentes, e incluso podría ocurrir que hasta opuestas, sin embargo ambos pretenden lograr el mismo resultado, se podría decir desde luego, que tienen la misma concepción respecto al hecho que se presenta. Esto, en el siguiente

⁶ Raúl Alcalá Campos, "El carácter social de lo simbólico", en mi libro *Pluralismo y diversidad cultural*, UNAM, México, 2015. También "Diversidad cultural, valores, principios y normas" en Carlos Oliva Mendoza (coord.) *Hermenéutica, subjetividad y política*, UNAM, México, 2009. Es en este último trabajo en el que hay un ejemplo de aplicación de lo simbólico en la concepción de la vida en las culturas mencionadas.

⁷ *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. UNAM, México, primera edición 1969. Esta cita no la remito al querido Dr. Miguel León-Portilla, porque creo que lo que pretendía con su publicación era dar la palabra a los indígenas y por eso su nombre no aparece ni en la portada ni en la página legal, y esto lo quiero respetar.

ejemplo ya no es tan claro: hace algunos años en Barcelona me vi en la necesidad de hospedarme en un hostel, la casera me recriminó por ducharme todos los días con las siguientes palabras: no sé por qué los mexicanos son tan cochinos que tienen que ducharse todos los días. Al principio no acepté tal reclamo, pero no tardé mucho en darme cuenta de que desde su punto de partida tenía razón, ambos teníamos razón. El punto de partida era diferente. Desde mi punto de vista ducharse todos los días era signo de limpieza, pero el punto de partida de ella era que el cuidado de sí mismo era el signo de limpieza, esto puede quedar más claro con una analogía urbana, una ciudad limpia no es la que más se barre sino la que menos ensuciamos. Estábamos de acuerdo con la importancia de la limpieza, pero la concebíamos de manera diferente, con razones diferentes. Considérese que en estos ejemplos se comparte la misma cultura.

En el primer caso se llega a un acuerdo respecto al resultado, en el segundo no llegamos a ningún acuerdo, tuve que salir del hostel. Pero lo que quiero señalar aquí es que en ambos hay diálogo, que el diálogo no tiene que implicar acuerdo, que la falta de acuerdo no implica falta de diálogo sino reconocimiento de que hay diferencias, incluso en lo que se percibe como algo compartido, algo que creemos tenemos en común. Creo que el diálogo no tiene que partir de algo en común, tampoco lo impide, más bien definiendo la idea de que lo común es un punto de llegada más que un punto de partida, que es más fructífero llegar a algo común que partir de ello, es construir algo juntos, es el producto de una relación entre culturas, de una relación intercultural. Esto, creo, es construir una ciudadanía intercultural. Difícil, sí, pero imposible no lo creo. La historia de la humanidad está llena de casos que se creían imposibles y que resultaron fructíferos, no perfectos desde luego, como el cambio de la monarquía a la democracia, o el abandono de una razón única a una plural, o la Carta de los Derechos Humanos, y tantas otras más. No hay que tenerle miedo al cambio, de salir de su espacio de confort, es un riesgo, sí, pero es bastante probable que obtengamos buenos resultados, cambiarse de casa es salir de ese espacio en el que uno ya está habituado, pero, desde luego si no es por necesidad, es la promesa de una mejor estancia. Casarse es eso, dos personas que vienen de hábitos y costumbres diferentes que intentan construir algo juntos, pero el éxito no está garantizado, es una relación humana, y como toda ella, hay diferencias que se pueden lograr convertir en algo construido, compartido, o en la separación total.

Hablemos ahora de las razones. Volviendo a Villoro, hay razones racionales y razones razonables, las primeras se sustentan en la lógica, son argumentos que me llevan paso a paso de un punto al otro gracias a reglas rígidas, válidas, que no se cuestionan, por lo menos mientras uno está razonando, la validez de tales argumentos no depende de quién los elabore, sino de las propias reglas, decimos pues que el argumento es correcto o no según las reglas. En el caso de los argumentos razonables

su sustento es la retórica, quien está en juego es precisamente quien lo elabora, él se compromete con ese argumento, pretende convencer al otro respecto a algo más que elaborarle una demostración, el compromiso es personal, quien está en juego es él, sus principios, valores y creencias. Este último corre riesgos que el otro evita, corre el riesgo incluso de perder su identidad al enfrentarse al otro. Este tipo de argumentos son los que están a la base de las relaciones interculturales, son los argumentos del otro, al que tenemos que escuchar con atención, pues en ellos se encuentran, como ya dijimos, sus principios, valores y creencias, que nos permiten comprender quién es, y, creo, es este el camino para la construcción de una ciudadanía intercultural.